

# LIBRO TERCERO

## LOS TOLTECA

### CAPÍTULO PRIMERO

Preámbulo — Peregrinación chichimeca. — Los nonoalca de Cuauhtitlán. — Peregrinación tolteca. — Fuentes de la historia tolteca. — Causa de la emigración. — Itinerario. — Ciudades fundadas en el camino. — Dirección de la marcha. — Periodos cronológicos convencionales. — Fundación de Tóllan. — Descendencia real. — Cronología de Ixtlilxóchitl. — Cronología y variantes del código Cuauhtitlán. — Religión tolteca. — Cultura. — Guerra con los de Cuauhtitlán. — Cronología de los reyes de Cuauhtitlán. — Confusión de las dos cronologías. — Gobierno teocrático. — Primera teocracia. — Teotihuacán y Cholóllan. — Dedicación de las pirámides á los tres astros nahoas. — Leyenda de Mendieta. — Versión de Sahagún. — La muerte de los viejos dioses. — Nanahuáztin tornado sol. — Tecuciztécatl vuelto luna. — El conejo de la luna. — Muerte de Xólotl. — Relato del codice Zumárraga. — Explicación de las fábulas. — Lenguaje mitológico. — Los tolteca imponen su religión de los astros en Teotihuacán. — Intervención de la casta guerrera. — La raza conquistadora y la raza vencida. — Nanahuáztin y Tecuciztécatl. — El quinto sol.

Penetramos ya en la parte que pudiéramos llamar completamente histórica, y cualquiera creería que nuestras dificultades habían terminado, tanto más que ya algunas crónicas se ocupan de esa época y la tratan los modernos historiadores; pero todavía encontramos varios tropiezos en nuestro camino. Ya tenemos cronología, mas los diversos escritores no están conformes en punto tan importante, y muchas veces un mismo historiador se contradice. Ya los lugares y las personas aparecen con nombres determinados; pero no son los mismos en todas las historias, y en repetidas ocasiones se escriben de manera tan distinta, que no hay más remedio que usarlos con su diferente ortografía, mientras un estudio profundo y dilatado no llegue á fijarla definitivamente. Añadamos la contradicción en no pocos puntos de importancia, y que unos cronistas callan sucesos que otros refieren; y para completar el embrollo tomemos en cuenta el gran número de detalles que nada significan y de nombres innecesarios que encontramos en crónicas y manuscritos. No es que nos falten datos, sino que es muy difícil y muy grave el escoger entre ellos. Acumularlos todos es hacer la confusión; tomar los convenientes es formar la historia; pero á pesar de los escólos continuemos en nuestra empresa.

Hacia el año *ce ácatl*, 583, principio del ciclo

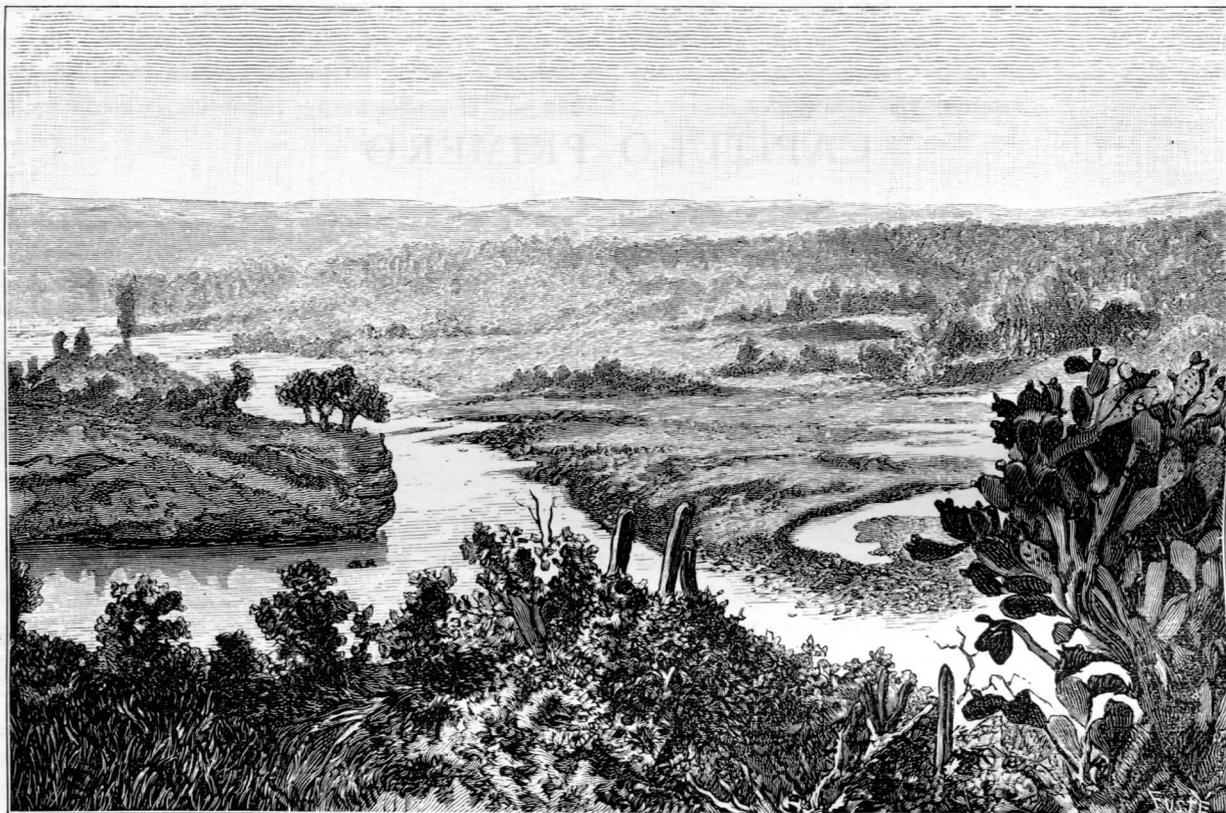
tlapalteca, hubo en los reinos del Norte alguna gran conmoción que concluyó con aquel vasto imperio, pues en esa época vemos emigrar á sus tribus. Los *Anales de Cuauhtitlán* refieren á ese año el viaje de los chichimeca.

Como habían recibido de los tlapalteca, aunque imperfectamente, su lengua, recibieron igualmente sus conocimientos más rudimentales, como es uno de ellos la cuenta de los años. Así es que anotaron el año de su salida, que fué *ce ácatl*. Los chichimeca cazadores comenzaron su peregrinación el año 271 de nuestra era, y se reunieron en nuestro Valle con los chichimeca de Cuauhtitlán, que llegaron empujados por las convulsiones del imperio tlapalteca, el año *ce ácatl*, 635, habiendo comenzado su viaje en el año también *ce ácatl*, 583. Nada nos dicen los Anales del rumbo de su peregrinación; pero la idea común de que atravesaron por el Michuacán y Guanajuato no puede ser aceptada. Ninguna huella etnográfica queda de tal paso; y no es verosímil que los tarascos diesen voluntariamente paso á la tribu salvaje. La corriente de lengua nahoa que sale de Xalisco, y siguiendo la costa atraviesa al sur de tarascos y otomíes por los Estados de Guerrero, Morelos y México, para derramarse en nuestro Valle, manifiesta la resistencia que hallaron los emi-

grantes en los tarascos, y nos indica el camino que siguieron.

Tenemos otra prueba importante de haber sido éste el rumbo de las peregrinaciones. Las tribus que aseguraban haber venido con los chichimeca y los tolteca, están situadas en ese camino. En el sur de la Tierra caliente se hallan los tlahuica, que según Torquemada fueron de los emigrantes. Después encontramos en el Estado de México á los malinalca y matlatzinca, anotados en los antiguos jeroglíficos de la peregrinación. Al traspasar ese Estado, vemos á los tepaneca ocupando las lomas que bajan hasta la laguna y en los bordes de

ésta están los chalca y los xochimilca. Los chichimeca marchan hasta el pié del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, lugar propicio á sus costumbres, y todavía otras tribus se extienden por el valle, y llegan hasta Cuauhtitlán y Huehuetoca. Aun más; si los emigrantes hubiesen pasado por el Michuacán para llegar al valle de Tolócan, no habrían dejado otomíes en la frontera tarasca, pues los matlatzinca los habrían barrido en su camino; pero viniendo por Guerrero y penetrando en Tolócan por el sur, nada más natural que el que dividieran á los otomíes, arrojando unos á su derecha; que son los que ocupan las montañas de nuestro Valle, y á la izquierda á



Valle de Tóllan

los otros, que son los mazahua, vecinos de los tarascos, los que aislados desde entonces modificaron naturalmente su lengua que se convirtió en dialecto.

Los chichimeca salieron el mismo año que comenzó la guerra tlapalteca. Mientras que los tolteca quedaban guerreado, ellos siguieron la senda que hemos trazado, y llegaron á Cuauhtitlán á los cincuenta y dos años, es decir, el 635. También otra tribu importante de los chichimeca, la que se estableció en Amecameca, hizo su viaje en la misma época, pues Torquemada dice que se establecieron en el año 647. Cuenta el cronista sólo tres reyes desde esta época hasta la destrucción de Tóllan, reinando el primero Icuáuhztin hasta 827, el segundo Moceloquichtli hasta 983, y el tercero Achacáutzin hasta 1116. Esta duración del reinado de un solo

hombre por más de cien años es absurda, y debe entenderse duración del imperio de una familia ó dinastía. Los chichimeca extendieron su dominio adonde quiera que se asentaron las tribus peregrinas; pero debe entenderse que este imperio no era absoluto; consistía como siempre en el cobro de tributos, y en el reconocimiento honorífico de su rey.

Tenemos la historia de los nonoalca de Cuauhtitlán en los Anales de este pueblo. En la época en que llegaron los chichimeca tenían aquéllos su corte en Quetzaltepec, y de allí fueron arrojados por éstos, pues dice la crónica que á la llegada de la nueva tribu pasó su corte el rey Chicontonatiuh á Cuauhtitlán, ciudad que debió estar fundada desde antes, pues se le llama á veces Huehuequauhtitlán. Estos chichimeca no eran los

cazadores: los cazadores llegaron cuatro años después, en 639, y ocuparon Ocotlipán, pueblo situado al oriente de Cuauhtitlán y que hoy se llama Santa Bárbara. Parece que ésta fué por entonces la única invasión de los *Ilamintinomia*. Los chichimeca nahoas ocuparon el mismo año á Huehuetoca Mamaxhuacán. Desde entonces parecen confundirse conquistadores y conquistados, y para evitar equivocaciones los seguiremos llamando nonoalca. Sus dominios se extendían por el norte hasta Mamenhí, que fué después Tóllan; y por el sur hasta el Vaile de México, en donde penetraron fundando el 9 *calli*, 669, la histórica ciudad de Culhuacán. Esto prueba que la raza nahoa había predominado en esa mezcla de tribus. En el año 13 *calli*, 673, pasó su corte á Huehuetoca el rey Chcon-tonatiuh, que murió allí después de sesenta y cinco años de reinado, en el *ce técpatl*, 700. Le sucedió Xiu-huélzin: ya habían llegado los tolteca, y la llegada de éstos debía variar por completo el destino de aquella región. Ocupémonos de la peregrinación de esa tribu prodigiosa.

La primera crónica que se dió á la estampa sobre la peregrinación tolteca y genealogía de sus reyes, fué la *Monarquía Indiana* de Torquemada, en el capítulo XIV del libro I. La relación de Torquemada es diminuta, y no habla de las estancias de los emigrantes. Sahagún solamente nos dice el rumbo de su viaje, equivocándolos con los nonoalca, de donde nació el lamentable error del abate Bresseur. Ixtlilxóchitl se refiere á una pintura acolhua, lo mismo que Torquemada. Nosotros opinamos que éste no vió tal pintura: acostumbra copiar á la letra los manuscritos de otros, como hizo con Mendieta, y es de suponerse que otro vió la pintura y que de él copió la relación, acaso del padre Olmos, que trató á los pueblos acolhua uno de los primeros y vivió entre ellos. Ixtlilxóchitl da pormenores del viaje tolteca y de la historia de Tóllan, y en esto podemos llamarlo original, aunque en otros muchos puntos de historia antigua sigue á Torquemada y en la Conquista á Gomara. Clavigero sigue á Torquemada y á Ixtlilxóchitl. Vetancourt no hizo más que extractar á Torquemada. Veytia puso en mejor estilo los manuscritos de Ixtlilxóchitl, que siguió servilmente en su obra. De todas maneras resulta que el origen de estos relatos es una pintura acolhua. Si es la que marcó Boturini en su Museo con el número 1, párrafo 1.º, y que hoy posee Mr. Aubin en París, no lo sabemos; pero es probable. Nos llama, sin embargo, la atención que el señor Ramírez, que conoció los manuscritos y pinturas de Mr. Aubin, y que copiaba todo lo interesante, ni siquiera dejase un apunte de esos Anales.

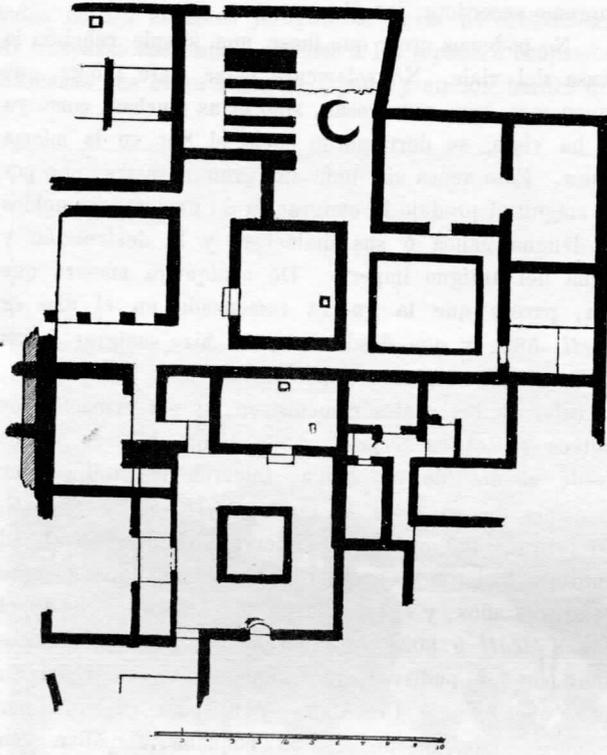
En el reino de Huehuetlapállan había un señorío llamado Tlachicátzin. Sus señores, Chacátzin y Tlacamíhtzin se rebelaron contra el monarca tlapalteca; pero habiendo tenido mal éxito tuvieron que emigrar con sus

pueblos. Los acompañaron otras cinco tribus, cuyos jefes eran: Chécatl, Cohuatzón, Mazacóhuatl, Tlapalhuitz y Huitz. Las relaciones nos presentan á estos jefes con distintos nombres, á saber: Ceacátzin (y no Cecátzin como está en el manuscrito sin duda por error de los copistas), Cohuátzin, Xiuhcóhuatl, Mezátzin (tal vez Mazátzin), Chalcátzin y Tlapalmétzin. Nos inclinamos á creer éstos los verdaderos nombres con las correcciones hechas entre paréntesis. Con ellos, y como supremo sacerdote, iba Huemac.

No podemos creer que fuese una simple rebelión la causa del viaje. No solamente estas siete tribus, que suponemos muy numerosas, sino otras muchas, como ya se ha visto, se derramaron hacia el Sur en la misma época. Esto acusa sin duda un gran desastre, que por su magnitud produjo la emigración de numerosos pueblos de lengua nahoa ó sus dialectos, y la destrucción y ruina del antiguo imperio. De cualquiera manera que sea, parece que la guerra comenzada en el año *ce ácatl*, 583, y que desde entonces hizo emigrar á las otras tribus, se prolongó por un *tlalpilli* ó trece años, al cabo de los cuales comenzaron su peregrinación los tolteca en el *ce técpatl*, 596. Contando sus Anales desde el año de su salida, tomaron los tolteca por principio de su ciclo ó *xiuhmolpilli* el *ce técpatl*. Su retirada fué en son de guerra. Lo demuestran el voto que hicieron y cumplieron de no tener hijos durante veintitres años, y el constar en los Anales que hasta el año 8 *ácatl* ó 603, continuaron combatiendo. En ese año, por fin, pudieron, ya tranquilos, asentarse en un sitio que escogió Ceacátzin, y al cual pusieron por nombre Tlapallanconco, ó la pequeña Tlapállan, en recuerdo de la patria abandonada. Nótese que de su salida á la fundación de su primera ciudad, cuentan dos veces el curso de sus cuatro años. La segunda ciudad la fundan á los cuatro años siguientes, el 11 *tochtli* ó 606. A los otros cuatro, el *ome tochtli* ó 610, fundaron Hueyxállan por elección de Cohuátzin. Las anteriores ciudades no quedaron abandonadas; dejaban allí á los que no podían seguirles: éstos, dedicándose al cultivo de la tierra, porque eran pueblos esencialmente agricultores, formaron señoríos que quedaron como las piedras miliarias del camino de los tolteca.

Otros ocho años después, dos veces cuatro, siguiendo su viaje hacia el Sur, fundaron Xalixco el año 10 *tochtli* ó 618. Como conocemos la ubicación de esta ciudad, ya podemos formarnos idea de la dirección de la marcha. Está Xalixco hacia la costa en el cantón de Tepic; de manera que iban siguiéndola de norte á sur: lo que concuerda con lo que antes hemos dicho del rumbo de las emigraciones, con la senda etnográfica de la lengua nahoa, y con las tradiciones religiosas de los tolteca. El dios les había mandado, por boca de su sacerdote Huemac, que caminasen al oriente; y en efecto, la costa que seguían se dirige de

una manera muy pronunciada de poniente á oriente. Fundaron después, en la misma dirección, Chimalhuacán Atenco el *ce tochtli*, 622, es decir á los cuatro años que su anterior estancia. De allí pasaron á Tóchpan, que está al oriente de Colima, el 6 *ácatl*, 627, siendo su descubridor Mazátzin. Continuaron á Quiyahuitztlán-Anáhuac el 12 *calli*, 633, por elección de Acamapichtli. Dicen que aquí pasaron unas islas y brazos de mar: lo



Plano de una casa tolteca

que confirma la dirección indicada, lo mismo que los nombres de Atenco y Anáhuac, que significan junto al agua.

A los dos años en *ce ácatl*, 635, pararon en Zacatlán, lugar designado por Chalcátzin, y ataron el *xihmolpilli*. Aquí tenemos que hacer varias observaciones. Primera: los tlapalteca comenzaban su ciclo en *ce ácatl*; así es que los emigrantes al llegar de nuevo este año, ataron el *xihmolpilli*; lo que prueba también que todavía entonces no habían hecho la corrección del principio de su ciclo, que consistió en pasarlo de *ce ácatl* á *ce técpatl*, por haber sido éste el año en que comenzaron su peregrinación. Segunda: los períodos de detención no son naturales; son convencionales y marcados por la división cíclica que usaban. En efecto, del principio de la guerra á su salida, cuentan trece años ó un *tlalpilli*. Después sus estancias son de cuatro ó de ocho años hasta Tóchpan, y cuatro son sus diferentes años. Pero como entonces faltaban trece años para cerrar su ciclo, y la división por cuatro no daba la cifra, cambiaron la duración de

sus estancias de manera que en las tres siguientes reunieron el *tlalpilli*; por eso aparece fundado Zacatlán en el nuevo *ce ácatl*. Nótese, además, que el fundador es el jefe principal, Chalcátzin, y que la ciudad tomó su nombre de la fiesta origen de su fundación: Ceacatlán, después Zacatlán ó Zacatóllan, hoy Zacatula, en la costa de Guerrero. Tendremos que llamar varias veces la atención sobre estos períodos convencionales.

Hasta aquí los tolteca habían atravesado lentamente la costa; pero una vez en las montañas del Sur, cuyo clima y conformación geográfica eran ajenos á sus hábitos, su marcha fué más rápida. El año 7 *calli*, 641, fundaron Tutzápan; el 13 *ácatl*, 647, se asentaron en Tepetla, descubierta por Cohuátzin; y el 7 *tochtli*, 654, llegaron á las llanuras de Cuernavaca, y fundaron Mazatepec por elección de Xiuhcóhuatl. Después, pasando al sur de Tolócan y sin atravesar nuestro Valle, llegaron á Iztachhuxuca el 11 *ácatl*, 671, habiendo estado antes ocho años en Xiuhcóhuatl. Esto nos hace comprender que tomando el rumbo del oriente se dirigieron al territorio de los cuexteca, la Huasteca, pues parece que su última estancia es la actual Huejutla. Allí residieron veintiseis años, hasta el 10 *técpatl*, 696. En esa estancia, el año *ce ácatl*, ataron la cuenta de sus años. Hasta Tóllan, pues, no comenzaron la cuenta de su ciclo por *ce técpatl*. Rechazados por los cuexteca, ó por no haberse acostumbrado á la vida de las montañas, retrocedieron á Tollantzinco, y después de diez y seis años mudaron su capital á Tóllan, el año *ce calli*, 713. Según los *Anales de Cuauhtitlán* fué el año *ce tochtli*, 674, eligiendo su primer rey el *ce técpatl*, 700.

Debió ser muy grande y poderosa la hueste tolteca, y á ella estaba reservada fundar la última civilización de estas regiones. Demos ligera idea de sus señores, bastante para nuestro objeto, y para comprender el desarrollo de su cultura y sus transformaciones religiosas.

Veytia tomó su cronología tolteca de Ixtlilxóchitl, y es la siguiente: Después de la fundación de la ciudad se gobernaron sin rey seis años, hasta que por consejo de Huemac pidieron para monarca á un hijo del emperador chichimeca Icuáultzin, con el objeto de tenerlo así por amigo. El hijo de Icuáultzin fué su primer rey, y lo llamaron Chalchiuhtlanéztzin. Establecieron, según los mismos cronistas, por ley general que nadie reinase más de cincuenta y dos años; debiendo el rey, pasado ese tiempo, entregar el reino á su sucesor. El primer rey gobernó del año 719 al 771, cincuenta y dos años, y cuentan que entonces murió. El segundo fué Ixtlecuechahuac que reinó sus cincuenta y dos años, y en el año de 823 le sucedió su hijo Huetzín, que reinó también cincuenta y dos años hasta el 875. El cuarto rey fué Totepeuh que reinó también cincuenta y dos años hasta el 927. Su hijo Nacaxoc reinó el

mismo tiempo, hasta el año de 979; pero el hijo de éste, Mitl, fué tan notable en el gobierno, que quisieron que reinase hasta su muerte, por lo que duró en el poder cincuenta y seis años, hasta el 1035. Su viuda, la reina Xiuhtlátzin, le siguió y reinó cuatro años, hasta el 1039. Muerta la reina, su hijo Tecpancáltzin reinó sus cincuenta y dos años, hasta el 1091 en que fué proclamado rey su bastardo Topiltzin, con quien concluyó la monarquía tolteca en el año *ce técpatl*, 1116.

Torquemada pone como un solo rey á Tecpancáltzin Topiltzin, tal vez porque no era muy clara la pintura acolhua, y algo nos persuade de ello, que el mismo Ixtlilxóchitl nombra de diversa manera á los reyes en sus diferentes relaciones. A Chalchiuhtlanétzin le llama también Quechaocatlahinótzin. A Ixtlicuechahuec lo cita con otros cinco nombres distintos: Izacatécatl, Tlaltócatl, Tlilquecháhuac, Tlachinótzin y Tlilquechacatlhinótzin. A Mitl lo llama también Tlacomihua. A la reina Xiuhtlátzin, unas veces Xiuhquéntzin y otras Xiuhcáltzin. Torquemada la tomó por rey. Tecpancáltzin es á veces Iztaccáltzin. Y finalmente, Topiltzin lleva la denominación alegórica de Meconétzin. Además, en la *Sucinta Relación* hace un solo reinado de los de Huetzín y Totepeuh.

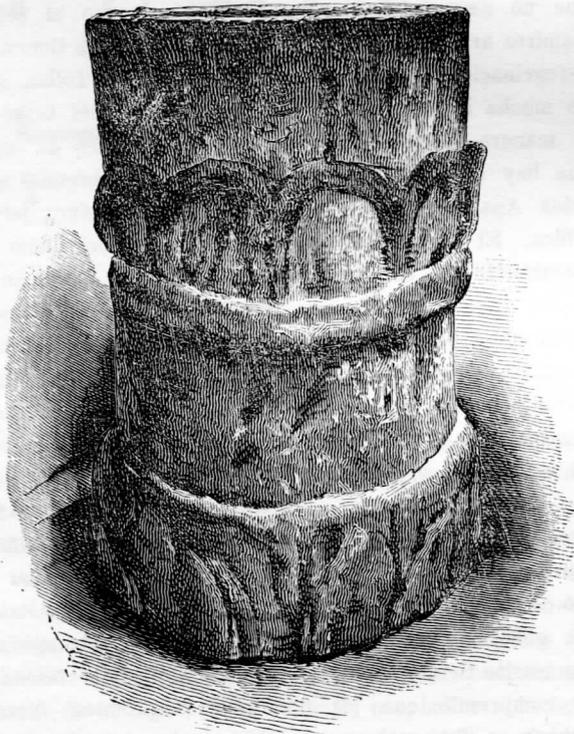
Estas variantes nos convencen de que la cronología de Ixtlilxóchitl es falsa. Procede de pinturas y tradiciones texcucanas, y á más de ser este pueblo de fundación posterior á los tolteca, era muy afecto á consignar simbólicamente los hechos y á sujetar á los períodos cíclicos la cronología, como veremos aún en la misma peregrinación mexicana. Tuvieron, además, los acolhua mucha vanidad nacional, y varias veces le sacrificaron la verdad histórica. Nada, en efecto, más absurdo que el pueblo tolteca vencedor y enseñoreándose de todo, y al mismo tiempo pidiendo humilde un hijo á Icuáhtzin para hacerlo su rey. Nada más inverosímil que sus períodos de cincuenta y dos años para la duración de los reinados, que obligan al historiador á hacer morir al primer rey precisamente al fin de ellos, y que no permiten que los otros monarcas mueran antes de terminar su período. Desde luego se ve que todo esto es convencional; y sin embargo, nos seguiríamos sujetando á tales datos, que antes eran los únicos, si los *Anales de Cuauhtitlán* no nos hubiesen conservado los hechos en toda su sencillez y verosimilitud. Estos Anales son auténticos y de altísima importancia. El original se escribió en mexicano en los años de 1563 y 1569, según Aubin, que tiene una copia, y en el de 1570, según el señor Ramírez. En la biblioteca de San Gregorio, de los jesuitas, había una copia que, según Boturini, era de letra de Ixtlilxóchitl; lo que no parece probable, pues este autor la habría aprovechado en sus escritos. Del ejemplar de San Gregorio sacó una copia Boturini, y ésta es la que tiene Mr. Aubin. Quedó la primera copia en México y en

poder de los jesuitas, y el señor Ramírez la hizo traducir por el licenciado don Faustino Galicia Chimalpopoca. El abate Brasseur, que se hallaba entonces aquí, consiguió del mismo señor Ramírez una copia de la versión; y del ejemplar de Mr. Aubin tomó el texto mexicano en París. A este manuscrito, que arregló á su modo, le impuso el nombre de *Códex Chimalpopoca*, del nombre del traductor. Antes de morir había anunciado su publicación con una versión francesa. Suponemos que su versión la haría del texto español, pues por sus mismas obras se ve que no poseía lo bastante el mexicano. Hay que advertir que el señor Ramírez no creyó perfecta la traducción del señor Chimalpopoca y la corrigió en parte, como se ve en su manuscrito, hoy de nuestra propiedad. El visionario abate creyó ver en estos Anales no sabemos qué misterios de la antigüedad, y una cronología de 20.000 años. Desgraciadamente no hay en ellos nada de eso; son unos Anales escritos en Cuauhtitlán, y que tienen por principal objeto la historia de ese pueblo; pero que se ocupan de las demás tribus viajeras, desde el año de 583, fecha de su salida, hasta el de 1519 en que vinieron los españoles, teniendo su cronología muy bien marcada, y año por año. Les falta la primera foja y alguna intermedia, pues hay huecos que no se pueden llenar, no obstante que el señor Ramírez arregló su orden lo mejor posible. No tienen la peregrinación tolteca; pero en la historia de Tóllan son de mucha importancia. Por la disposición del texto y la manera con que están colocadas las series de años que hay de unos á otros sucesos, se comprende que estos Anales son la explicación de una pintura jeroglífica. El señor Ramírez, por su origen, los llamó de Cuauhtitlán; y con este nombre se están publicando en los *Anales del Museo*. Tiene la impresión el texto mexicano del ejemplar de San Gregorio, que el señor Mendoza adquirió para el Museo de la familia del señor Chimalpopoca á su muerte; y lleva la traducción de nuestro ejemplar, y otra que en parte hicieron el mismo señor Mendoza y el señor Sánchez Solís.

La cronología tolteca de los *Anales de Cuauhtitlán* es la siguiente. La fundación de Tóllan, ó más bien su ocupación por las nuevas tribus, tuvo lugar el año *ce tochtli*, 674. Su primer rey fué Mixcoamazátzin, que gobernó desde el año 700 hasta 765. Aunque el manuscrito tiene una laguna después del primer reinado, se comprende que los dos reyes siguientes fueron Huetzín y Totepeuh, cuyo gobierno abarcó hasta el año de 887. El cuarto fué Ilhuitimaitl, que reinó hasta 925; el quinto Topiltzin Quetzalcoatl hasta 947. Después Matlaxóchitl hasta 982; Nauhyótzin hasta 997; Matlacoátzin hasta 1025; Tlicoátzin hasta 1046; Huemac hasta 1048; y el segundo Quetzalcoatl hasta 1116, año de la destrucción de Tóllan. Las principales diferencias entre la cronología de Ixtlilxóchitl y ésta son: que en aquella los períodos son cíclicos y por lo mismo conven-

cionales, mientras que en ésta son naturales; que en aquélla son nueve los reinados por tener que sujetarse al período de cincuenta y dos años, y en ésta son once, siendo comunes á ambas nada más los nombres de Huetzín, Totepeuh y Topiltzin, y el de la reina Xóchitl que tiene diferente radical atributiva y en los Anales es rey.

Veamos ahora qué ideas religiosas trajeron los tolteca, y con cuáles debían encontrarse frente á frente, y cómo influyendo unas en otras debían modificarse y producir el origen de los bárbaros ritos mexicanos. Los tolteca eran puramente nahoas, dueños de toda su civilización y de todas sus creencias; las razas inferiores que encontraron en su camino y que barrieron á su paso, no pudieron en su inferioridad influir en ellas: de manera que podemos decir que llegaron á Tóllan después de una de sus grandes edades, ciento cuatro años, con las mismas ideas conque habían partido. Su gobierno durante la peregrinación fué teocrático. Llevaban consigo á los jefes militares de sus tribus, y sin duda á los de las agrupaciones inferiores que iban arrastrando en su viaje; pero peregrinaban por mandato del dios, y bajo la obediencia del sumo sacerdote



Chapitel tolteca

Huemac, nombre bajo el cual personalizan al sacerdocio de la vieja creencia. Los pueblos antiguos no se sujetaban á largas peregrinaciones, sino bajo la influencia de ideas religiosas y sujetos al mando sacerdotal. Los israelitas no habrían encontrado la tierra de promisión si Moisés hubiese sido un guerrero y no un hierofante.

Las leyes de la historia son invariables. Naturalmente los tolteca iban dejando á su paso su lengua, su religión y su calendario, que son las tres particularidades características de la raza nahoas. A su llegada encontraron ya establecido el gran imperio chichimeca, extendiéndose desde el pié de los volcanes hasta la



Cariátide tolteca.— Parte inferior

orilla de nuestros lagos. A su frente estaban los nonoalca, escalonados en las pirámides de Teotihuacán, Cholóllan y Papantla. Estos habían sufrido en parte la influencia de la cultura nahoas, cuando en época anterior los invadieron los ulmeca; pero su antigua civilización había prevalecido, y más, mientras más cerca estaban de la línea del Sur. Los pueblos de esta línea habían conservado la suya, con cortas modificaciones, á pesar de la invasión de los ameca, porque ni su idioma habían perdido. Quedaban, pues, frente á frente las dos religiones: la de los astros, de los tolteca; y la de los animales, de los nonoalca.

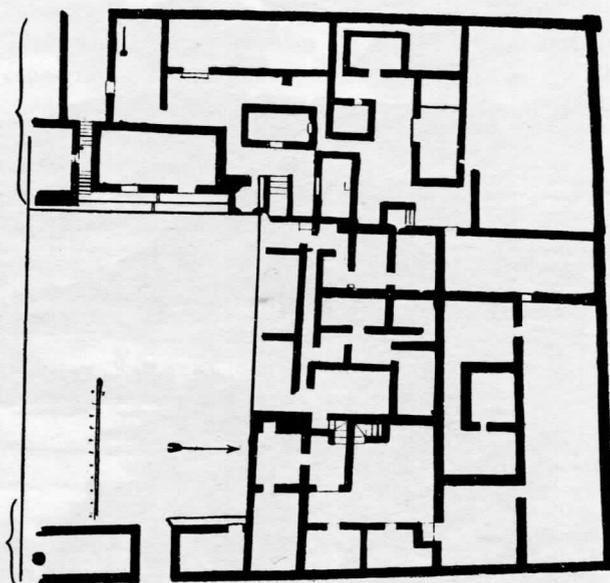
La religión tolteca, como la nahoas primitiva, debió tener naturalmente como principales dioses á *Tonacatecuhtli*, el sol, á *Tezcaltlipoca*, la luna, y á *Quetzalcoatl*, la estrella de la tarde. Eran sus dioses

también la lluvia, *Tlaloc*, el agua, *Chalchiuhtlicue*, el fuego, *Xiutecuhtlitletl*, la tierra, *Centeotl*, y tenían por diosa de los amores á *Yochiquetzalli*. Pero que no fueron extraños á la influencia de la religión vecina nos lo demuestra el suntuoso templo de que hablan los cronistas, y que estaba dedicado á la diosa Rana. Sin duda de los nonoalca tomaron también parte de su civilización, pues construyeron magníficos palacios de admirables columnatas, de las que algunas prodigiosas columnas se conservan. Que llegaron en las artes á altísimo grado, nadie lo pone en duda, pues tolteca llegó á ser sinónimo de excelente artífice. Pueblo privilegiado en todo, llegó al sumo poderío y á la más envidiable grandeza. No se crea, sin embargo, por esto que extendió su dominio á larguísima distancia, como parece lo han juzgado cronistas de nota: preciosos datos nos dan sobre esto los *Anales de Cuauhtitlán*.

A la llegada de los tolteca, y después de haber subyugado tribus dispersas de los cuexteca y de los otomíes ú ótonca, su primera guerra la emprendieron contra sus más próximos vecinos, los chichimeca de Cuauhtitlán. Vencido el rey de éstos, Xiuhnéltzin, después de mucho tiempo de peregrinar, se sujetó á los tolteca, y quedó como uno de tantos caciques del reino en el territorio que le señaló Mixcoamazátzin. Gran parte de sus súbditos fueron confinados, unos á Ahuacán, y otros á Tepehuacán. Si atendemos á la significación de estos nombres, fueron los unos enviados á los límites del lago y los otros á los de la montaña; pero no todos los cuauhtiteca se sujetaron al nuevo poder, pues cuenta la crónica que su dios *Ixpapálotl*, (nótese que significa mariposa de obsidiana), les aconsejó que nombrasen rey á Huactli. Se retiraron á Nequemeyócan, en donde hicieron sus chozas con hojas de palma, y para vivir se dedicaron á la caza. Se extendieron hasta Tlapco y Mictlanpa en el Teotlallitic, hacia Huitztlán y Xochitlalpa. Se conservan los nombres de los principales jefes, que fueron Mixcoatl, Xiuhmel, Mimich y Quauhnicol, y las mujeres Cóhuatl, Miahuatl, Coacueye, Yaocihuatl, Chichimecacihuatl y Tlacocheue. Por pendón tomaron una bandera blanca *axlapamiltl*. Esta guerra de independencia no tuvo éxito, y los rebeldes se dispersaron después de mucho tiempo, yéndose á Michuacán-Cohuixco, Vopitzinco, Tolotlán, Tepeyacac, Cuauhquecholla, Huexotzinco, Tlaxcállan, Tlilihquitepec, Zacatlantonco y Tototepec, mientras otros se refugiaron en Acolhuacán y en la Cuexteca. Los jefes de los que se retiraron á Huexotzinco, fueron Tepolnextli, Xinhtochtli y Tlanquaxoxuhqui. Estos datos son preciosos, porque nos señalan nominalmente los pueblos adonde no alcanzó el imperio tolteca y naturalmente sus fronteras, y confirma lo que hemos dicho de la extensión del reino de Tóllan.

Fácilmente se ve que si la anterior guerra tuvo por objeto la conquista, también tuvo el hacer preva-

lecer la religión de los astros sobre la de los animales, á *Tonacatecuhtli* sobre *Ixpapálotl*, el sol sobre la mariposa. Pero continuemos la cronología de los reyes de Cuauhtitlán, que es importante para resolver la contradicción de las crónicas toltecas. El año *ce técpatl*, 752, concluyó el reino de Xiuhnéltzin, quien residía en Quaxoxáuhcan. Parece que falta en el manuscrito alguna hoja que comprendía un período de ciento cuatro años, ó faltaba acaso en la pintura que sirvió de fundamento á este códice. Lo autoriza no sólo la necesidad de intercalar este periodo para completar la cronología, sino que habiéndose hablado de la exaltación de Huetzín como rey de Tóllan, no se habla de su muerte y del reinado de Totepenh, sino que se pasa inmediatamente á la muerte de éste. Nada dice tampoco



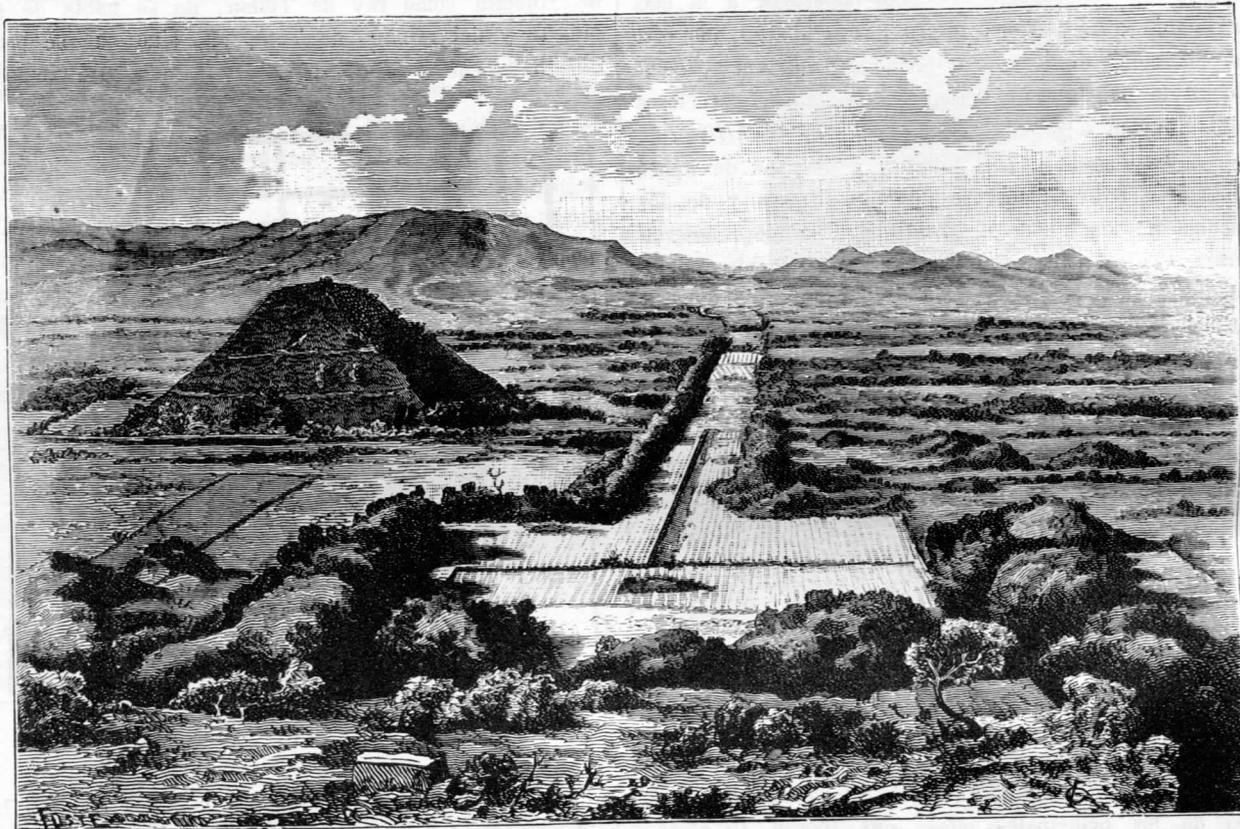
Plano de un palacio de Tóllan

de la sucesión de Xiuhnéltzin; y hasta el año de 917 habla de la muerte de Huactli, señor de Cuauhtitlán, que no puede ser el mismo de que antes hablamos. A este Huactli, que vivía con su pueblo en un estado salvaje, le sucedió su mujer Xiuhtlacuiloxlóchitl en el año 11 *tochtli*, 918, y gobernó con gran sabiduría hasta el año 7 *ácatl*, 927. Le siguió Ayauhcoyótzin que puso su corte en Tecpancuahtla, y reinó cincuenta y cinco años hasta el 10 *tochtli*, 982. Fué su sucesor Necuamexochitzin. Se estableció en Miqucalco, y se sabe que era de Tepozotlán. El año 13 *tochtli*, 998, entró al señorío de Cuauhtitlán Meceltótzin, viviendo en Tianquizcolco, al poniente de aquella ciudad: después de treinta y seis años murió, y entró en su lugar Tzihuacpapalótzin, estableciendo su residencia en Cuauhtlaápan. En el año 13 *técpatl*, 1076, murió después de cuarenta y dos años de reinado; y fué llamada á gobernar la señora Iztacxilótzin, la cual vivía en Tlalilco cuidada por varios señores, por ser de la raza fundadora de

Cuauhtitlán. Residió en esta ciudad, y fué notable su gobierno que duró once años. En el año 11 *ácatl*, 1087, fué nombrado señor Eztlaquencáltzin, quien se estableció en Techichco. Pocos años después se destruyó el reino tolteca.

Pensamos que Ixtlilxóchitl equivocó varios de estos nombres, creyéndolos de reyes toltecas. Así el primero de su cronología, Chalchiuhtlanétzin, puede haber sido una lectura falsa del jeroglífico de Xiuhtlanétzin ó Xiuhuétzin, pues la raíz *xihuitl* significa cosa preciosa, y *chalchihuitl* piedra preciosa. Tomó tal vez por reina de Tóllan á Iztaexilótzin; y como su jeroglífico debió ser

una blanca flor, ya lo interpretaba Xiuhcáltzin, ya Xiuhtláltzin, bello campo. Lo mismo parece haber sucedido con Eztlaquencáltzin, cuyo jeroglífico debió ser la casa ó templo de penitencia *Eztlaquencalli*, y que Ixtlilxóchitl, confundiéndolo con un palacio, tradujo para el nombre del rey: Tecpancáltzin. Esto es muy probable, porque había pinturas como la de Tepéchan, que conocemos, en las cuales estaban las genealogías reales de dos ó más pueblos; y nada era más fácil que confundir á unos monarcas con otros. Si no supiéramos exactamente quiénes fueron los reyes de México, habría lugar á muchas confusiones en el mapa de Tepéchan.



Pirámide de la luna. — Teotihuacán

Así pudieron confundirse Olmos y Torquemada respecto de los tolteca, y seguir su error Ixtlilxóchitl. Para nosotros es preferible el código de Cuauhtitlán, porque es un documento auténtico, y escrito poco después de la Conquista, cuando había aún quienes entendieran los jeroglíficos, y vivían todavía viejos que conservaban las tradiciones históricas que, como es sabido, tenían por único archivo la memoria de los pueblos. Él, además, nos da la clave de los gobiernos teocráticos, y la explicación clara de las guerras sagradas que produjeron la ruina de los tolteca. Brasseur quiso hacer de las dos genealogías una sola, y resultó un monstruo híbrido.

Pero antes de ocuparnos de la transformación religiosa que se operó en los tolteca, tratemos el interesantísimo punto de cómo se introdujo la teogonía

tlapalteca en Teotihuacán y en Cholóllan, y cómo llegaron á ser las tres pirámides de esos pueblos altares de los tres grandes dioses nahoas, *Tonacatecuhli*, *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl*.

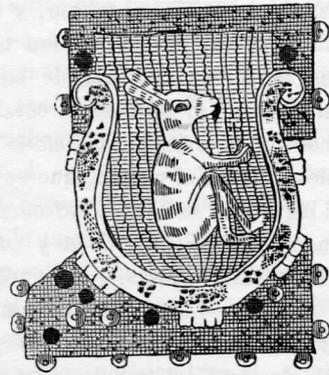
Hemos visto cómo la tribu tolteca durante su peregrinación había caminado bajo el gobierno del sacerdocio, personificado con el nombre de Huemac. Según Ixtlilxóchitl, después de la fundación de Tóllan, se gobernó la tribu recién venida seis años sin tener rey. Según los *Anales de Cuauhtitlán*, desde el año 674 hasta el 700: es decir, que durante veintiseis años ó dos *tlalpilli*, continuó el gobierno teocrático. Esto fué natural, pues bajo ese gobierno venía la tribu que peregrinaba. Pero su establecimiento en Tóllan no fué la fundación de una nueva ciudad, lo que acaso no habría

cambiado tan pronto su modo de gobierno. Los tolteca durante varios años habían estado sólidamente establecidos en Tollantzinco, preparándose á hacer conquistas más importantes. Por un lado tenían á los cuexteca, y es de presumir, pues se alejaron de ellos en su peregrinación, ó que de su territorio habían sido rechazados, ó que aquel país montuoso no había convenido á sus habitudines. Además, en los cuexteca dominaba la civilización y la lengua del Sur, y tenían menos puntos de contacto con ellos. No así por la otra parte en donde estaban las ciudades de Teotihuacán y Cholóllan. La civilización del Sur, al partir de las costas del Golfo hacia la Mesa Central, había establecido tres grandes centros: estos dos y Papantla. Papantla había conservado su carácter primitivo, como más distante de la influencia nahoá, y más próxima á la línea del Sur. Teotihuacán y Cholóllan habían sufrido la antigua invasión de los ulmeca, al grado que las tradiciones señalan á Xelhua como el constructor de la pirámide de esta última ciudad. No sabemos qué influencia tuvo esta invasión en la lengua y en la religión de esas ciudades: pero creemos que no fué muy importante, aunque encontramos que la nueva raza, producto de la mezcla de invasores é invadidos, tomó el nombre de nonoalca. Si tenemos datos para decir que en Teotihuacán siguió el culto de los animales, y que la pirámide de Cholóllan estaba dedicada á una especie de ave monstruosa con dientes, símbolo del aire. Entre los fósiles del desagüe se ha encontrado la cabeza de una ave semejante á la figura extraña de los jeroglíficos; y puede sospecharse que de ella se tomó el símbolo del *hecatl*. Los nonoalca, al extenderse desde Cholóllan hasta Teotihuacán, habían empujado á los otomíes hacia el Norte; y éstos se establecieron en la ciudad de Mamemhí, después Tóllan. Los chichimeca, al llegar y mezclarse con algunas tribus nonoalca, habían formado la nueva entidad chichimeca nonoalca, que se extendía entre Mamemhí y Teotihuacán. Esta fué la línea que debieron invadir los tolteca.

Hemos visto ya, que en efecto, invadieron y sojuzgaron á los chichimeca de Cuauhtitlán, y que ocuparon á la antigua Mamemhí, convirtiéndola en la nueva Tóllan, el año de 674. En el mismo año extendieron su conquista á Teotihuacán y Cholóllan; y encontrando en ellas tres pirámides, al imponer su religión á los vencidos, por ser dos las de Teotihuacán, las dedicaron al sol y á la luna que siempre andan juntos, siguiendo la luna al sol sin poder alcanzarlo nunca, según la tradición nahoá; y la tercera, la de Cholóllan, la consagraron á la estrella de la tarde. Así los tolteca, en el país que conquistaban para establecerse finalmente, encontraron tres gigantescos altares para sus tres grandes deidades: *Tonacatecuhtli*, el sol, *Tezcattlipoca*, la luna, y *Quetzalcoatl*, el lucero de la tarde.

Por varios datos creíamos antes que este suceso se

había verificado en el año 1035. No era, sin embargo, natural que hubiesen tardado tanto los tolteca en imponer sus principales creencias á Teotihuacán, cuando se sabe que era su ciudad sagrada, la ciudad de sus dioses. Más lógico era que, al conquistarla y bajo su primera teocracia, hubiese tenido lugar tan notable acontecimiento religioso. Y así sucedió en efecto. Gomara, que escribía en 1552, dice que de este suceso habían pasado hasta entonces ochocientos cincuenta y ocho años; y el señor Orozco, guiado por ese dato, fija para la dedicación de las pirámides el año 694; pero no notó que el mismo Gomara dice que en *ce tochtli* comenzó el sol de Teotihuacán, es decir, en 674: sin duda el copista ó en la primera impresión pusieron por errata 858 en lugar de 878. Esto se confirma con el dato que tenemos de que los tolteca llegaron en 674, y entonces ocuparon la Mamemhí de los otomíes, y la Teotihuacán y la Cholóllan de los nonoalca; entonces consagraron las pirámides á los astros, de lo que nos queda una hermosa leyenda que á través de su simbo-



Símbolo de la luna. (Códice Borgiano)

lismo confirma las ideas históricas que van expuestas. Dos versiones hay sobre este hecho, tan importante para comprender la historia de la teogonía y de la civilización de los nahoas: la de Olmos que recogió Mendieta, y la de Sahagún. Y aun hay otra que tiene gran diferencia por no referirse á las pirámides, pero que explica aquellas: la del Códex Çumárraga.

Dice la de Mendieta: «Y como por algunos años no hubo sol, ayuntándose los dioses en un pueblo que llaman Teutiucan, que está seis leguas de México, hicieron un gran fuego, y puestos los dichos dioses á cuatro partes de él, dijeron á sus devotos que el que más presto se lanzase de ellos en el fuego, llevaría la honra de haberse criado el sol, porque el primero que se echase en el fuego luego saldría sol; y que uno de ellos, como más animoso, se abalanzó y arrojó en el fuego, y bajó al infierno; y estando esperando por donde había de salir el sol, en el tanto, dicen, apostaron con las *codornices*, *langostas*, *mariposas* y *culebras*, que no acertaban por donde salía; y los unos que por aquí,

los otros que por allí; en fin, no acertando, fueron condenados á ser sacrificados; lo cual despues tenian muy en costumbre de hacer ante sus ídolos; y finalmente salió el sol por donde habia de salir, y detúvose, que no pasaba adelante. Y viendo los dichos dioses que no hacia su curso, acordaron de enviar á *Tlotli* por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió que no se movia del lugar donde estaba hasta haberlos muerto y destruido á ellos; de la cual respuesta, por una parte temerosos, y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba *Citli*, tomó un arco y tres flechas, y tiró al sol para clavarle la frente: el sol se abajó y así no le dió: tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo, y lo mismo hizo á la tercera: y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al *Citli*, y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses desmayaron, pareciéndoles que no podian prevalecer contra el sol: y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho; y el ministro de este sacrificio fué *Xolotl*, que abriéndolos por el pecho con un navajon, los mató, y despues se mató á sí mismo, y dejaron cada uno de ellos la ropa que traia (que era una manta) á los devotos que tenia, en memoria de su devocion y amistad. Y así aplacado el sol hizo su curso."

Sahagún nos da la versión siguiente: «decian que antes que hubiese dia en el mundo, que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama *Teutioacan* (que es el pueblo de S. Juan entre *Chiconauhtla* y *Otumba*) dijeron los unos á los otros:—Dioses, ¿quién tendrá el cargo de alumbrar al mundo?—Luego á estas palabras respondió un dios que se llamaba *Tecuciztécatl* y dijo:—Yo tomo á cargo de alumbrar el mundo.—Luego otra vez hablaron los dioses y dijeron:—¿Quién será otro más?—Al instante se miraron los unos á los otros, y conferian quién seria el otro, y ninguno de ellos osaba ofrecerse á aquel oficio; todos temian, y se escusaban. Uno de los dioses de que no se hacia cuenta y era buboso, no hablaba, sino que oia lo que los otros dioses decian: los otros habláronle y dijéronle:—Sé tú el que alumbres, bubosito,—y él de buena voluntad obedeció á lo que le mandaron y respondió:—En merced recibo lo que me habéis mandado, sea así.—Y luego los dos comenzaron á hacer penitencia cuatro dias. Despues encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en una peña que ahora llaman *teutezcalli*. El dios llamado *Tecuciztécatl* todo lo que ofrecia era precioso, pues en lugar de ramos ofrecia plumas ricas que se llaman *manquetzalli*; en lugar de pelotas de heno, ofrecia pelotas de oro; en lugar de espinas de maguey, ofrecia espinas hechas de piedras preciosas; en lugar de espinas ensangrentadas, ofrecia espinas hechas de coral colorado, y el copal que ofrecia era muy bueno. El buboso que se llamaba *Nanaoatzin*, en lugar de ramos ofrecia cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban

á nueve: ofrecia bolas de heno y espinas de maguey, y ensangrentábalas con su misma sangre, y en lugar de copal, ofrecia las postillas de las bubas. A cada uno de estos se les edificó una torre como monte; en los mismos montes hicieron penitencia cuatro noches y ahora se llaman estos montes *tzaqualli*, están ambos cerca el pueblo de S. Juan que se llama *Teutioacan*. De que se acabaron las cuatro noches de su penitencia, esto se hizo al fin ó al remate de ella, cuando la noche siguiente á la media noche habían de comenzar á hacer sus oficios, antes un poco de la mediania de ella, diéronle sus aderezos al que se llamaba *Tecuciztécatl*, á saber: un plumaje llamado *aztacomiltl*, y una jaqueta de lienzo, y al buboso que se llamaba *Nanaoatzin* tocáronle la cabeza con papel que se llama *amatzontli*, y pusieronle una estola de papel, y un *maxtli* de lo mismo. Llegada la media noche, todos los dioses se pusieron en derredor del lugar que se llama *teutezcalli*. En este ardió el fuego cuatro dias: ordenáronse los dichos dioses en dos rencles, unos de la una parte del fuego, y otros de la otra, y luego los dos sobre dichos se pusieron delante del fuego y las caras ácia él, en medio de las dos rencles de los dioses, los cuales todos estaban levantados, y luego hablaron y dijeron á *Tecuciztécatl*:—¡Ea, pues, *Tecuciztécatl!* entra tú en el fuego.—Y él luego acometió para echarse en él; y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió la gran calor; hubo miedo, y no osó echarse en él y volvióse atrás. Otra vez tornó para echarse en la hoguera haciéndose fuerza, y llegándose, se detuvo, no osó arrojarse en la hoguera, cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. Estaba puesto mandamiento que ninguno probase más de cuatro veces. De que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron á *Nanaoatzin*, y dijéronle : : : —¡Ea, pues, *Nanaoatzin*, prueba tú!—Y como le hubieron mandado los dioses, esforzóse, y cerrando los ojos, arremetió, y echóse en el fuego, y luego comenzó á rechinar y responder en el fuego, como quien se asa. Como vió *Tecuciztécatl*, que se habia echado en el fuego y ardía, arremetió, y echóse en la hoguera, y diz que una águila entró en ella y tambien se quemó, y por eso tiene las plumas hoscas ó negrestinas. A la postre entró un tigre, y no se quemó, sino chamuscóse, y por eso quedó manchado de negro y blanco: de este lugar se tomó la costumbre de llamar á los hombres diestros en la guerra *Quauhtlocelotl*, y dicen primero *Quauhtli*, porque el águila primero entró en el fuego, y dicese á la postre *ocelotl*, porque el tigre (*ocelotl*) entró en el fuego á la postre del águila. Despues que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habian quemado, luego los dioses se sentaron á esperar á que prontamente vendria á salir el *Nanaoatzin*. Haviendo estado gran rato esperando comenzóse á parar colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que

despues de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por donde saldría *Nanaoatzin* hecho sol: miraron á todas partes, volviéndose en derredor, mas nunca acertaron á pensar ni á decir á qué parte saldría, en ninguna cosa se determinaron: algunos pensaron que saldría de la parte del norte y paráronse á mirar ácia él: otros ácia medio dia, á todas partes sospecharon que habia de salir, porque por todas partes habia resplandor del alba; otros se pusieron á mirar ácia el oriente, y dijeron:—Aquí de esta parte ha de salir el sol.—El dicho de estos fué verdadero: dicen que los que miraron ácia el oriente fueron *Quetzalcoatl*, que tambien se llama *Ecatl*, y otro que se llama *Totec*, y por otro nombre *Anaoatlytecu*, y por otro nombre *Tlatlavic-tezcatlipuca*, y otros que se llaman *Minizcoa*, que son innumerables, y cuatro mujeres, la primera se llama *Tiacapan*, la segunda *Teicu*, la tercera *Tlacocoa*, la cuarta *Xocoyotl*; y cuando vino á salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoneaba de una parte á otra, y nadie lo podia mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecia, y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes; y despues salió la luna en la misma parte del oriente al par del sol: primero salió el sol, y tras él la luna; por la órden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dicen los que cuentan fábulas, ó hablillas, que tenian igual luz con que alumbraban, y de que vinieron los dioses que igualmente resplandecian, habláronse otra vez y dijeron:—¡Oh dioses! ¿cómo será esto? ¿será bien que vayan á la par? ¿será bien que igualmente alumbren?—Y los dioses dieron sentencia y dijeron:—Sea de esta manera.—Y luego uno de ellos fué corriendo y dió con un conejo en la cara á *Tecucixtécatl*, y escurecióle la cara, ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara. Despues que hubieron salido ambos sobre la tierra estuvieron quedos sin moverse de un lugar el sol, y la luna; y los dioses otra vez se hablaron y dijeron:—¿Cómo podemos vivir? no se menea el sol, ¿hemos de vivir entre los villanos? muramos todos y hagámosle que rescite por nuestra muerte.—Y luego el aire se encargó de matar á todos los dioses y matólos, y dícese que uno llamado *Xolotl*, reusaba la muerte, y dijo á los dioses:—¡Oh dioses! no muera yo.—Y lloraba en gran manera, de suerte que se le hincharon los ojos de llorar, y cuando llegó á él el que mataba, echó á huir, y escondióse entre los maizales, y convirtióse en pié de maíz, que tiene dos cañas, y los labradores le llaman *Xolotl*, y fué visto y hallado entre los piés del maíz: otra vez echó á huir y se escondió entre los magueyes, y convirtióse en maguey, que tiene dos cuerpos, que se llama *mxólotl*: otra vez fué visto, y echó á huir, y metióse en el agua, y hízose pez, que se llama *Axolotl*; y de allí le tomaron y le mataron; y dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso

se movió el sol; y luego el viento comenzó á sumbar, y ventear reciamente, y él le hizo moverse para que anduviese su camino, y despues que el sol comenzó á caminar, la luna se estuvo queda en el lugar donde estaba. Despues del sol comenzó la luna á andar; de esta manera se desviaron el uno del otro y así salen en diversos tiempos, el sol dura un dia, y la luna trabaja en la noche, ó alumbraba en ella: de aquí parece lo que se dice, que el *Tecucixtécatl* habria de ser sol, si primero se hubiera echado en el fuego, porque el primero fué nombrado y ofreció cosas preciosas en su penitencia. Cuando la luna se eclipsa, parece casi oscura, ennegrecese, párase hosca, luego se obscurece la tierra....”

El Códex Çumárraga, bajo el título de *Cómo fué fecho el sol*, dice: “En el trezeno año deste segundo cuento de treze, que es el año de veynte y seis despues del dilubio, visto que estava acordado por los dioses de hazer sol, y avia fecho la guerra para dalle de comer, quiso quicalcoatl (debe ser *Quetzalcoatl*) que su hijo fuese sol, el qual tenia á él por padre y no tenia madre: y tambien quizo que tlalocatetli (*Tlaloc*) dios del agua, hiziese á su hijo del y de chachuitli (*Chalchiuhtlicue*) que es su mujer, luna, y para los hazer no comieron fasta..., y sacáronse sangre de las orejas y del cuerpo en sus oraciones y sacrificios, y esto fecho, el quicalcoatl tomó á su hijo y lo arrojó en una grande lumbre, y allí salió fecho sol para alumbrar la tierra, y despues de muerta la lumbre vino talaçatetli y echó á su hijo en la çeniza y salió fecho luna, y por esto parece zenicienta y oscura; y en este postrero año desde treze comenzó á alumbrar el sol, porque fasta entónçes fabia sido noche, y la luna comenzó andar tras él, y nunca le alcança, y andan por el ayre sin que lleguen á los cielos.”

Todos los pueblos primitivos, al contemplar los grandes espectáculos de la Naturaleza, han inventado hermosísimas fábulas que sorprenden la imaginación, y que tienen no sabemos qué sencillez encantadora que subyuga el ánimo. Nos presentan á los astros, al dia y á la noche, á los ríos y á las montañas, al fuego y á la lluvia, como seres reales que viven, y se aman ó se odian, pero teniendo siempre personalidad propia. En toda religión antigua hay algo de antropomorfismo. Max Müller atribuye esto á la primitiva pobreza de los idiomas: sin tener aún palabras suficientes para expresar las ideas abstractas, sino únicamente los objetos materiales y las necesidades y costumbres primeras de la vida, todo lo materializan para poder explicarlo. De aquí debemos deducir, que todo mito que de tal manera se expresa, pertenece á las ideas primeras de un pueblo. Así se ve que la tradición del Códex Çumárraga sobre el nacimiento del sol y de la luna, es la vieja que de los nahoas se derivaba. En esta tradición el sol es hijo de *Quetzalcoatl*, y no tiene madre. *Quetzalcoatl* es la estrella Venus, el lucero que sale de las tinieblas

al concluir la noche, y alumbraba en el oriente poco antes que el sol brote esplendoroso. Es como su guía, como el astro anunciador de su radiante aparición. Todas estas ideas tenían que expresarse en la lengua rudimentaria de los nahoas, de esta sencilla manera: el sol es hijo de *Quetzalcoatl*. Pero como el sol nace en medio de nubes de roja púrpura que semejan un incendio en el cielo, y en las tardes se pone entre las llamas aparentes de otro incendio deslumbrador, de aquí vino el expresar la magnificencia del nacimiento del sol, diciendo que *Quetzalcoatl tomó á su hijo, y lo arrojó en una grande lumbre, y allí salió fecho sol para alumbrar*

*la tierra*. Nada más natural, nada más primitivo en la teogonía nahoá. A su vez la luna es hija de *Tlaloc*, el dios de las lluvias, y de *Chalchicueye*, la diosa de las aguas. Los nahoas dividían el firmamento en trece cielos, y colocaban en el de las nubes, en el *Tlalócan*, á la luna, ya por su color pálido, ya porque en sus movimientos trae las aguas sobre la tierra, ya porque á la vista está tan próxima como las nubes, entre las cuales aparece cuando con rayos de plata las desgarran. Y como su color es blanco y ceniciento, habiéndole dado por cuna al sol una hoguera resplandeciente, diéronsele á la luna en las apagadas cenizas de esa hoguera. Todo



Ídolo de Teotihuacán

esto se ve lógico, natural y sencillo, y fueron estas las ideas sobre el nacimiento de los dos astros, muchos siglos antes del suceso de Teotihuacán.

Esta fábula vino á confundirse con el acontecimiento histórico de la conquista de Teotihuacán, y á dar origen á la nueva fábula que nos relatan Sahagún y Mendieta. Conquistada la ciudad bajo la primera teocracia de Tóllan, y en el mismo año de la fundación en ésta del poder tolteca, debió ser el primer cuidado de los sacerdotes imponer su religión á los vencidos, levantando sus deidades, el sol y la luna, sobre las grandiosas pirámides de la ciudad conquistada. Hemos dicho que en la religión de los nonoalca tenían culto y adoración los animales. Si no bastara el relato del *Popol*

*Vuh* en que los dioses tienen nombres de animales, los dibujos del palacio de Chichén-Itzá, los mil idolillos de figuras de animales que en las cavernas de aquellas regiones se encuentran, nos bastaría para comprender la relación de Mendieta. Dice que los dioses se pusieron á contemplar por dónde saldría el sol, y que apostaron las *codornices*, *langostas*, *mariposas* y *culebras*. El dios que mandan por mensajero al sol para que se mueva, es *Tlotli*, el gavián y el dios que le arroja las flechas es *Citli*, la liebre. El sol aquí nace también de una hoguera, siguiendo la tradición primitiva; pero al nacer se mueren los dioses. Es la religión nueva manifestada por la consagración de las pirámides, que destruye la vieja idolatría; pero no la destruye desde

luego; el sol no anda, y mata primero á *Citli* con una de las flechas que le había arrojado; y cuando ya se mueve el sol triunfante, *Xólotl* mata á los demás dioses y se da la muerte. Se transparenta la terrible lucha religiosa entre la teocracia vencedora que imponía su religión y los vencidos que defendían á sus antiguos dioses. Han luchado desesperadamente contra el dios nuevo; tres veces *Citli* le ha arrojado sus flechas y los dioses van muriendo uno en pos de otro, y quedando *Xólotl*, hasta que se da la muerte. Esto hace suponer que *Xólotl* era su principal dios, y que á abandonar su culto se resistieron más los nonoalca. El relato de Sahagún lo confirma plenamente. El aire, *Ehécatl*, *Quetzalcoatl*, la estrella de la mañana anunciadora del

sol, de la nueva era, de la nueva ley, mata á los dioses; pero *Xólotl* huye y se convierte en pié de maíz, que tiene dos cañas; encontrado, huye de nuevo, y se torna en maguey, que tiene dos cuerpos, *Mexólotl*; y al fin vuélvese *Axólotl*, animal del agua, y entonces perece. Se ve la lucha religiosa tremenda y dilatada: no fué la obra de un día; la nueva religión se impuso tras largos combates. Por eso, para que anduviese el sol, para que triunfara definitivamente la nueva creencia, tuvieron que morir los dioses viejos; y ya el viento empujó al sol para que anduviese, ya las flechas de *Citli*, ya el mosquito en la fábula de Veytia y Boturini.

Y el dios *Xólotl* nos da la confirmación en sus metamorfosis de lo que hemos dicho de las dos primeras



Quetzalcoatl.—Dios adorado en la pirámide de Cholólan

religiones de la raza primitiva, la de las plantas y la de los animales. La raza monosilábica adora el maizal *Xólotl*; los meca, mezcla de esa raza y de la nahoa, lo convierten en el doble maguey, en el dios *Mexólotl*, al unirse á la raza del Sur; la nueva, los nonoalca, tórnanlo en animal, *Axólotl*; y viene al fin la raza pura nahoa, y concluyendo con lo que para ella eran idolatrías, coloca en la mayor de las pirámides al sol, á su gran dios *Tonacatecuhtli*.

En el relato de Sahagún se aplica por completo la fábula nahoa antigua á la dedicación de las pirámides significada por el nacimiento del sol y de la luna. Dos personajes se arrojan á la hoguera, *Nanahuáztin* y *Tecuciztécatl*; pero para dar la explicación de las manchas de la luna, aquí los dos se arrojan en la

hoguera ardiente, y los dos astros salen con igual luz: es preciso que los dioses le lancen á la luna un conejo al rostro, y entonces palidece, y queda con las manchas que la vemos. Espléndida es en esta fábula la magnificencia con que el firmamento espera la salida del sol: espéranla *Quetzalcoatl*, que es la estrella de la mañana; *Totec*, que aquí se confunde con *Tezcatlipoca*, y en este caso la misma luna; *Mimixcoa*, las culebras de nubes, que son innumerables, y son las estrellas de las nebulosas; y cuatro mujeres que guardan el cielo de las constelaciones. Todo el firmamento, resplandeciente de luz y de hermosura, está esperando un solo instante: la salida del sol. Parece que los astros, como en deslumbradora comitiva, que preside por más bello el lucero del alba, se dirigen al oriente, puerta del palacio

del día, a recibir al monarca de los cielos para palidecer ante él y apagar sus fuegos en el océano de llamas del sol.

Hasta aquí la parte astronómica, que es la misma primitiva de los nahoas, más adornada de imágenes, si se quiere, pero conservando aquella sencillez de los primeros pueblos, que ni los mayores poetas han podido igualar. El resto del relato es la parte histórica. Hemos visto que la dedicación de las pirámides hace nacer en Teotihuacán el culto del sol y de la luna; que hubo que emprenderse dilatada lucha para vencer á la religión vieja, y que sus dioses fueron muriendo poco á poco, siendo el culto del dios *Xólotl* el más resistente. Pero aun más nos dice la leyenda, pues además de los dos personajes que en astros debían convertirse, arrojáronse á la hoguera el águila *cuauhtli* y el tigre *océlotl*: sin ellos no se hace la transformación. En el manuscrito de Boturini, el águila baja del cielo, y de entre las llamas de la hoguera saca con sus garras el globo rojo del sol. Sahagún nos lo dice: los *cuauhtli* y los *océlotl*, las águilas y los tigres, son los guerreros; y así encontramos la manifestación de que el nuevo culto se impuso por la conquista y por la fuerza de las armas: todo es lógico en la leyenda, todo conforme con lo que pudo y debió suceder. Y también es muy importante hacer el estudio de los dos personajes que en astros se convirtieron. *Tecuciztecatl* representa, según el señor Orozco, la casta sacerdotal, rica y poderosa; *Nanahuáztin*, el pueblo pobre que ansiaba la nueva civilización. Fijémonos en el significado de las palabras: *Náhuatl*, el nahoas, el de la raza á que los tolteca pertenecían, hace su plural *Nanahua*, los nahoas, y agregando la terminación reverencial *ztin*, natural en los vencedores, tenemos *Nanahuáztin*, los señores nahoas, los tolteca, la raza conquistadora. Estos, que vienen de peregrinar, maltratados y pobres, como llegan las razas conquistadoras, como llegaron los bárbaros del Norte al corazón de Europa, se representan por el buboso, y ofrecen espinas de maguey. Como es la raza que impone el nuevo culto, es la que se arroja decidida á la hoguera, y hecha sol, recibe por altar la más alta pirámide, el *Tonatiuh Itzácuatl*. El otro personaje es *Tecuciztécatl*, la personificación de la raza vencida. *Tecume* quiere decir abuelos; *cicitin* significa abuelas; *técatl* es el nombre del habitante de un pueblo. No se usa la partícula reverencial *ztin*, pues jamás los honores y las glorias son para los vencidos. El nombre todo significa: el habitante de la tierra de nuestros abuelos, es decir, los nonoalca de Teotihuacán. Están en su ciudad poderosa y rica y suntuosas son sus ofrendas; pero no aceptan la nueva religión. *Tecuciztécatl* cuatro veces se dirige á la hoguera y otras tantas retrocede: solamente cuando ve á *Nanahuáztin* arrojarse en ella, cuando los nahoas ya han impuesto la nueva religión, es cuando él se arroja, cuando acepta la ley nueva: y

eso mediante la intervención de la conquista armada. Estas vacilaciones de *Tecuciztécatl* concuerdan con la muerte de los viejos dioses para que camine el culto nuevo, con la triple resistencia de *Xólotl*. Pero los adeptos que no tuvieron la primera fe no merecen tantos honores como el pueblo que impuso el culto; y así *Tecuciztécatl* no es sol, sino que en luna se convierte, y por altar le toca la pirámide más baja, el *Meztli Itzácuatl*.

No se encuentra, ni en los Vedas ni en Hesiodo, leyenda más hermosa, astronómica é histórica á la vez, como el nacimiento del sol y de la luna cuando la muerte de los viejos dioses de Teotihuacán.

Gomara y Gama, y con ellos el señor Orozco y Berra, cuentan el quinto sol desde la dedicación de las pirámides, que hemos visto que fué en la misma fecha de la fundación de Tóllan, en el año 674; de manera que á la toma de México por los españoles, en 1521, este sol habría tenido de antigüedad ochocientos cuarenta y siete años. Este es uno de los pocos puntos históricos en que no estamos de acuerdo con el señor Orozco y Berra. Semejantes disidencias son raras, aun cuando cada individuo vea de diferente manera y bajo diverso aspecto los hechos históricos, porque no solamente nos hemos comunicado siempre nuestras ideas, sino que hemos usado para escribir absolutamente de los mismos materiales: los libros comunes y de todos conocidos, y las crónicas raras, obras importantísimas y manuscritos inestimables de la biblioteca del señor Fernando Ramírez, que á su muerte pasó á nuestra propiedad.

Ya hemos visto que los nahoas, en sus tradiciones cosmogónicas, contaban que el mundo había terminado en tres épocas que llaman soles, el *Atonatiuh*, en que la humanidad pereció por agua, el *Ehecatonatiuh*, en que acabó por nieves y huracanes, y el *Tletonatiuh*, en que desapareció por el fuego. El quinto sol, que era el en que vivían los mexicanos, debía terminar según sus creencias, cuando al fin de uno de sus ciclos de cincuenta y dos años, ya no se pudiera encender el fuego nuevo, el sol no volviera á salir por el horizonte, y las *tzitzimine* bajasen del cielo á devorar á los hombres. De manera que la idea constante en la conclusión de cada sol, era que una gran catástrofe había puesto en gran peligro á la humanidad, ó más bien á la raza nahoas. Y se sabe también que después de haber sido los agentes destructores de las tres primeras épocas, el agua, el aire y el fuego, se llamó el cuarto *Tlaltonatiuh*, sol de tierra, porque algo que en ella pasó ajeno á esos tres elementos, decidió la cuarta catástrofe. El código Vaticano fija en tres pinturas jeroglíficas las tres primeras épocas y su duración, y nos marca claramente en cada una de ellas la manera con que pereció la humanidad. Así en el *Atonatiuh*, la diosa del agua, *Chalchiuhtlicue*, empuñando el estan-

darde de la lluvia y de la tempestad, baja sobre la tierra que está inundada de agua, en la cual se ve nadar á los peces, y en un ahuehuete que flota, al solo par que de la calamidad se salvó. En el *Ehecatonatiuh*, cuatro cabezas de *Ehécatl*, el dios de los vientos, soplan huracanes en todas direcciones, y *Quetzalcoatl* deja caer de los cielos lluvia de nieve que concluye con la humanidad, salvándose tan sólo otro par en una gruta. En el *Tletonatiuh* sale del cráter de un volcán el dios amarillo, y vomita fuego sobre la tierra, en donde hasta las aves perecieron, salvándose únicamente un tercer par en una caverna subterránea. Si la cuarta pintura representase la conclusión de la cuarta época ó el fin del cuarto sol, se vería en ella á la humanidad pereciendo de nuevo, puesto que era tan fija en los nahoa la idea de que cada sol tenía que concluir con una gran catástrofe, que aun los mexicanos creían que su quinto sol debía terminar por completo con la vida de la humanidad. Pues bien, lo contrario se observa en la cuarta pintura citada. La diosa que baja del cielo no es ninguna divinidad destructora; es *Xochiquetzalli*, la diosa de las alegrías y de los amores castos, cuyo nombre significa *flor preciosa*. La tierra está pintada de color rosado, como si de rosas estuviese tapizada; brotan por donde quiera flores y frutos, y la diosa misma al bajar se columpia en ramas verdes ornadas de rosas. En lugar del par desnudo que se salva en las otras catástrofes, vense aquí hombres y mujeres, vistosamente vestidos con adornos de ramas, que alegres hablan, llevando en las manos flores y banderas como en señal de fiesta. No es, no podía ser la representación del fin del cuarto sol, que debía terminar precisamente por una catástrofe. Ninguna explicación lógica podría darse de que todos los soles, hasta el quinto, encerraban necesariamente la idea de una calamidad, y que sólo el cuarto había sido indultado de tan terrible destino.

Hay que buscarle, pues, su verdadera conclusión al cuarto sol: y nótese que se llamó *sol de tierra*, porque lo terminó una calamidad histórica; lo que ha hecho suponer inocentemente á algunos cronistas que pudo concluir la cuarta edad por terremotos. Si buscamos sucesos históricos, encontramos al fin del siglo vi la destrucción del imperio tlapalteca; pero los tolteca no podían considerar este acontecimiento como una catástrofe; fué, por el contrario, el origen de su nacionalidad. Además, lo habrían señalado en sus jeroglíficos.

Pero nace el sol en Teotihuacán, y parece que hay razón para contar desde él el quinto sol. Mas nótese que no fué una calamidad sino un triunfo, y que sería raro que como tal quinto sol no se hubiese puesto en los anales jeroglíficos. Debemos, pues, buscar una nueva causa á este nuevo sol, y la vamos á encontrar en el orgullo de los mexicanos.

En el año 1116 se desmoronó el imperio tolteca, representante entonces de la antigua raza nahoa: los reinos del Norte habían desaparecido, y de aquella bizarra y poderosa civilización no quedaba más muestra que Tóllan. La destrucción de la ciudad puso en peligro la existencia de toda la raza: fué para ella calamidad tan grande como sus anteriores destrucciones por el agua, el aire y el fuego. Ya no fueron los elementos los agentes de la desgracia, fueron las pasiones humanas, desatadas furias que hacen más daño que los desatados elementos. Ya no bajó del cielo la causa de las catástrofes: engendröse en la tierra, en el corazón de los mismos hombres; y por eso se llamó á este sol el sol de tierra, *Tlaltónatiuh*. Los mexicanos, pueblo esencialmente orgulloso, habían querido tener su dios propio, y haciendo un dios de su jefe *Huitzilopochtli*, lo pusieron sobre los demás dioses de la raza. Habían querido tener una ciudad propia, y la levantaron sobre las aguas del lago, y la hicieron señora de su imperio y de sus conquistas. Como la raza tolteca era la representante de la más grande y más antigua civilización, quisieron aparecer sus herederos, y modificando su cronología, como veremos más adelante, dieron por principio á su viaje el año de la destrucción de Tóllan. Quisieron en su orgullo que ésta fuera una nueva era para toda la raza, é inventaron un quinto sol. La calamidad del cuarto era la destrucción de Tóllan, la nueva era, su peregrinación; el día en que concluyera el quinto sol, el sol mexica, debía acabarse definitivamente el mundo. No negamos que los texcucanos, pueblo orgulloso también y rival de México, quisieran á su vez tener un quinto sol; que les pareciera humillante aceptar el mexica, y que ya formada la fábula de Teotihuacán, tomaran este suceso como principio de la nueva era. Así se explica el texto de Gomara, quien lo tomó de Motolinía aún con el error de cálculo. Y así es cómo verdaderamente se vienen á concordar las opiniones encontradas del señor Orozco y la nuestra.

De todas maneras, la dedicación de las pirámides de Teotihuacán y Cholóllan fué un gran suceso en la historia de la raza nahoa; fué el triunfo de sus ideas religiosas, la perfección, digámoslo así, de su conquista. La vieja civilización del Norte se planteaba en el centro de manera enérgica y segura. La primera teocracia de Tóllan, el primer Huemac, había cumplido su gran misión en el centro mismo, en el corazón del país. La civilización del Sur, dos veces vencida por los ameca y los ulmea, lo estaba ya definitivamente y para siempre. La raza del Sur, como todas las demás, olvidando sus viejos orígenes, pretendería en lo de adelante y como un gran honor el descender de los tolteca. El sol que se levantó sobre el *tzacualli* de Teotihuacán inundó con sus rayos de oro todos los pueblos de las viejas civilizaciones.